

setenta años, más el capítulo publicado en Guatemala por Rafael Arévalo Martínez. Se darían a conocer así siquiera los comienzos de esta novela que habría sido no sólo la mejor autobiografía de Rubén, sino la mejor novela americana, si no hubiera quedado truncada, como la vida del poeta.

Ghraldo, en cambio, publica en la edición Zig-Zag ya citada, a continuación de la primera novela inédita, otro trabajo inédito de Darío, escrito en Mallorca y no comprendido en ninguna de las ediciones de sus *Obras completas*. Y, como dice el agudo especialista argentino, «merece figurar entre las mejores de sus páginas, por la observación, la emoción, la sinceridad y el sello personal con que han sido concebidas y escritas» (11).

LA ISLA DE ORO

Esta prosa poética, también ideada como apuntes autobiográficos semi-novelados, se titula *La isla de Oro*. Consta de una introducción y cinco capítulos, titulados: «Jardines de España»; «George Sand y Chopin»; «Todavía sobre George Sand»; «El imperial filósofo»; «Soller: azul, velas, rocas». En total, seis paisajes de la naturaleza, y de la historia de Mallorca a través del alma de Darío.

En la introducción, Darío presenta a una compañera de viaje inglesa, Lady Perhaps, que recita al Dante sin acento, tal como pronuncia el español y el francés; y al poeta y crítico mallorquín Gabriel Alomar Villalonga, de hidalga cepa mallorquina, autor de *La columna de foc* y de conferencias y artículos sobre el futurismo.

Comienza el libro con una inicial iluminada como en los viejos misales de la catedral de Palma: «He aquí la isla en que detiene su esquife el argonauta del inmortal ensueño». La señora inglesa, a quien Darío alaba por citar nombres helénicos frente al mar latino, dice al poeta:

—Usted viene, según me ha dicho, en busca de salud. Me parece que ésta le sobra..., por su aspecto y por su espíritu. Todo lo clásico es sano. Si espíritu vive en lo clásico, luego la salud está con usted.

—Es, querida señora, de los ojos extraordinarios, que en este adorador de lo clásico hay un romántico que viene de muy lejos.

—¿Desde dónde?

—Desde el Cáucaso.

—¿Y desde cuándo?

—Desde Prometeo....

(11) ALBERTO GHIRALDO: Prólogo a *El hombre de oro*. Zig-Zag. Santiago de Chile (sin fecha)

y cita a «Gabriel Alomar el Futurista», que ha escrito:

«¿Por ventura, Prometeo no es la encarnación del eterno elemento romántico en medio de la cultura helénica?».

El poeta continúa el diálogo con la señora inglesa:

—Lo clásico, lo romántico, lo simbolista, lo decadente, no son más que facetas del eterno diamante. Poesía.

Luego pasan a recordar una serie de personajes que han vivido algún tiempo en la Isla de Oro; Jovellanos, Grasset de Saint Sauveur..., *Jorge Sand* y Chopin..., Ole Bull el violinista, Piferrer, Cortada... Doré, Hübner, Haes, Verdaguer, Richepin, Albéniz, Granados, Rusiñol, Pin y Soler... Y agrega: «Pongamos, señora, nuestra parte de oro sobre el oro, nuestra parte de mirra sobre la mirra, nuestra parte de incienso sobre el incienso. Yo, por mi parte, he traído a revolotar sobre estas aguas y entre estas flores a mi cisne familiar.»

«Hacía tiempo —continúa en "Jardines de España"—, que la inglesa era admiradora de las prosas y de los cuadros de ese catalán de seda», Santiago Rusiñol, con quien también pasean Darío y Lady Perhaps y el futurista Alomar. Rubén Darío, que se confiesa «siempre español por alma y por cabeza», aun los jardines de España y sostiene que la jardinería es una de las bellas artes. Su amigo Rusiñol, el «buen catalán que hizo a la luz sumisa—jardinero de ideas, jardinero de sob—», dice al poeta: «... Y es que les jardins son el païtsatge posat en vers».

Amo este «Damer Jardí» mallorquín, en el cual entre las flores y los árboles espesos y oscuros no hay más que una soledad en espera de inminente presencia que vaya con paso de meditación hacia la solitaria puerta que se abre en la claridad del fondo... Aquí para amar es bueno este asilo de verdores, de una composición arcaica, y en donde un aislado chorro de agua apenas humedece el paso de las horas...

La dama inglesa, en una excursión en grupo por la isla «en honor de *George Sand*», le dice a Darío que en su tiempo él se habría también enamorado de la «incómoda» escritora. Darío responde prontamente: «Lo dudo. Una literata casi no es una mujer: es un colega».

Darío trata duramente a la Sand y recuerda con enternecida lástima al pobre Chopin. Peregrina con curiosidad y admiración hacia los sitios donde el sabio y místico Raimundo Lulio escribió y soñó

la conversión del Oriente, y la playa desde donde atravesó el mar sobre su manto milagroso, como recuerda el romance tradicional, que cita el poeta:

*...Sant Ramón benéy
Be se la pensava,
Adintre del mar
Ya en tira la capa
Ab lo bastonet
Gran vela aixecava.
Monjuich ho veu,
Bandera en posava.
Santa Catherina
Mol be repicava.
La Seu ho sentí
Correos enviava.
Tots los mercaders
Pujan a muralla.
Pensan que una nau,
Veuen qu'es un frare:
Veuen qu'es Ramón,
Que la mar pasava.*

En el escenario pastoril del santo ermitaño medita Darío:

Gozar de esas campiñas, hacerse un alma nueva, o, más bien, encontrarse, en lo hondo de sí mismo, un alma vieja, vieja y buena... ¿No estamos heridos de pasiones malas de los malos hombres ciudadanos? ¿No vemos que el contacto social trae siempre desilusiones y engaños?... Se necesita..., sobre todo, el apoyo desconocido, el báculo que nace entre nuestras manos de repente, la *gracia*.

Pero añade, a renglón seguido:

¿Y si hubiese también una gracia pagana, una gracia pánica?... Los santos ermitaños supieron bien que los excelentes faunos no tienen nada que ver con las terribles del infierno.

La tragedia del poeta es que es un fauno con espíritu de ángel, que quisiera convertir en Eucaristía inmaculada el vino de su culto báquico. Le atormenta el terror de la eternidad, mientras la fe anda a tientas, a pesar de que en el fondo de su alma noble alumbra siempre una luz «de vida y esperanza».

¡OH, DIOS!

*¡Oh, Dios! ¿Cómo no andar suspenso?
en este vivir asesino,
hecho con la mujer y el vino
y con este Dios tan inmenso?*

*Este camino tan extenso,
que ni siquiera lo adivino;
esta viña aquí, y este pino
en la montaña en que yo pienso:*

*y esta montaña y este cristal;
y esa reina del corazón,
y esa princesa de coral,*

*y esa novia de la ilusión,
si son del bien o son del mal...
Y después de todo... ¡si son!*

El instante de la conversión hacia Dios se queda fijo en su corazón en medio de las tormentas y de los futuros naufragios:

*Dejémonos de palabras y de gestos vanos;
y puesto que el instante es bueno todavía,
¡levantemos los ojos y juntemos las manos! (12).*

En una sincerísima «Plegaria» ingenua le pide a Dios, concededor de sus flaquezas y de su «futuro terror»:

*Dame que sea como los árboles del monte,
como las rocas de la playa y como el duro
diamante. O que una estrella surja en el horizonte
que traiga la luz clara para el problema oscuro.*

¡Y que no me dé cuenta del instante supremo! (13).

El poeta enfermo, en los dos últimos años de su existencia mortal, recitaba todos los días el rosario, y en sus versos postreros reaparece, en simplicidad de estrofa y frase, la piedad religiosa de su infancia:

SECUENCIA A NUESTRA SEÑORA (fragmento)

*A tu planta soberana
cayó la luna pagana
de la frente de Diana.*

.....

*¡Rosas para tu rosario!
¡Luces para tu santuario!
¡Llamas para tu incensario!...*

(12) RUBÉN DARÍO: «Para ir al azul», O. C., 1200.

(13) *Ibid.*, p. 1202.

En Nueva York, en 1914, poco antes de caer enfermo de neumonía, escribe Darío su *Soneto Pascual*, que termina con la visión de la Sagrada Familia huyendo a Egipto, y el pobre poeta—como los pintores antiguos en sus cuadros religiosos, humildemente escondidos en la escena—, a la zaga:

*y yo en mi pobre burro, caminando hacia Egipto,
y sin la estrella ahora, muy lejos de Belén.*

En la misma ciudad, en 1915, otro fragmento, titulado «Hemos de ser justos», termina, tras una cita de San Pablo:

*y a través de todos los claros caminos,
caminar llevando puesta el alma en Dios (14).*

En «La queja del establo», «Pax», donde impreca por la paz del mundo, sumido en la primera guerra mundial, las ideas y la inspiración son religiosas, católicas, esas ideas católicas que, como afirmaba el profesor Federico de Onís, nunca abandonaron a Darío. El poeta se aferra a la esperanza salvadora para una vida eterna:

*Mi sendero elijo
y mis ansias fijo
por el Crucifijo.*

.....

*Mas caigo y me ofusco
por un golpe brusco,
en sendas que busco.*

*No hallo todavía
el rato que envía
mi Madre María.*

*Aún la voz no escucho
del Dios por que lucho.
¡He pecado mucho!*

.....

*Y la santa ciencia
venga a mi conciencia
por la penitencia (15).*

(14) *Ibid.*, p. 1212.

(15) Salmo. *Ibid.*, p. 1232.

Y en el último poema que se conoce de Darío, «Divagaciones», escrito el mes de su muerte, en 1916:

*Mis ojos espantos han visto;
tal ha sido mi triste suerte.
Cual la de mi Señor Jesucristo,
mi alma está triste hasta la muerte.*

.....

*Desde que soy, desde que existo,
mi pobre alma armonías vierte.
Cual la de mi Señor Jesucristo,
mi alma está triste hasta la muerte.*

Las armonías de este poeta excelso y su alma transida se engrandecen en la humildad de la estrofa simple y en la atrición sincera. En la cartuja de Valldemosa, los hijos San Bruno le enseñaron el camino de la soledad. Sólo la tuvo el poeta en su Isla de Oro, donde supo encontrar las verdaderas armonías esenciales, las del «soñador, el místico y el santo», a «la luz de los cirios parpadeantes y al son de las campanas de maitines...».

*Si era todo en tu verso la armonía del mundo,
¿dónde fuiste, Darío, la armonía a buscar? (16).*

Murió el poeta, murieron sus mujeres y sus hijos; pero el hombre, que «no cayó porque Dios es bueno», vive en la eterna armonía de la luz inmarcesible, tal como contempló él al maestro Verlaine después de su trance:

*... Y el Sátiro contempla sobre un lejano monte
una cruz que se eleva cubriendo el horizonte,
¡y un resplandor sobre la cruz!... (17).*

CARLOS D. HAMILTON
Brooklyn College, City University
Nueva York
(ESTADOS UNIDOS)

(16) A. MACHADO.
(17) *Ibid.*, p. 650.